

TONI HILL
EL OSCURO
ADIÓS DE
TERESA LANZA



Parece un viernes de invierno cualquiera; uno de tantos. Lourdes Ros, la carismática editora de una prestigiosa editorial, se prepara para recibir a sus mejores amigas, a las que ha invitado a cenar: cuatro mujeres triunfadoras que intentan conjugar su reconocida vida profesional con las preocupaciones derivadas de la edad, la pareja, los hijos o la pérdida del estatus social.

Pero el encuentro no será tan divertido como esperaban ya que sobre ellas empieza a planear el recuerdo de una joven a quien todas conocían, una inmigrante que estuvo trabajando en sus casas y que se suicidó, inesperadamente, un año atrás. Poco a poco, las cinco van intuyendo que la trágica muerte de Teresa podría convertirse en una amenaza que destape sus secretos más ocultos, sus prejuicios y sus flaquezas.

Y, cuando un nuevo crimen sacude sus vidas, ya no podrán negar que detrás de las vallas de sus hermosas propiedades se esconde alguien que es capaz de matar para que la verdad nunca salga a la luz. Para que la muerte de Teresa Lanza continúe siendo un misterio insondable.

Se habían matado por la imposibilidad de encontrar un amor que ninguno de nosotros ha encontrado jamás.

Las vírgenes suicidas,
JEFFREY EUGENIDES

Nadie olvida la verdad; tan solo aprenden a mentir mejor.

Vía revolucionaria,
RICHARD YATES

TERESA

Hace casi un año que contemplo el mundo asomada a una ventana invisible. Como si anduviera envuelta en una especie de capa mágica, observo sin ser vista, oigo sin participar y me muevo sin que nadie me preste atención alguna. Hace casi un año que recorro las mismas casas, los mismos interiores, ya que al parecer lo único que me está permitido es permanecer encerrada entre cuatro paredes. Al principio tardé un poco en acostumbrarme. Extrañaba el aire puro, la caricia del sol o el suave masaje de la lluvia; me aburría de estar siempre sometida a la misma rutina. Con el tiempo lo pensé mejor y me dije que mi vida de antes no era en realidad tan distinta, así que tal vez esa era la condena que Dios dictaba para los pobres. No, Teresa, no te hagas ahora la inocente, ni la mártir. No es la pobreza lo que te tiene aprisionada en esta suerte de anochecer eterno, destemplada y aburrida. Lo que pensaste de verdad, lo que aún crees a veces, es que este es el destino que Dios tiene preparado para los pecadores.

Durante toda mi vida había oído que los muertos debían descansar en paz. Que la muerte era una especie de sueño profundo en el que, por fin, nos acercábamos a la gran verdad, y que eso, de alguna manera, nos llenaba. Que con ella terminaban los sufrimientos, las preguntas, las dudas, y empezaba otra realidad más tranquila, más sabia. Y eso que, si les digo la verdad, nunca llegué a entender del todo lo de la vida eterna tal y como nos la explicaban en el catecismo. Esa historia del cielo, el infierno o el purgatorio. Eran solo palabras que repetía en las reuniones de la iglesia. Lugares que me esforzaba en imaginar.

El manto celeste, salpicado de nubes de algodón. Un hombre de barba blanca, rodeado de ángeles sonrosados, blanditos, mansos como corderos. Nada que ver con la gente que yo conocía, quizá porque ese cielo lo habían dibujado los europeos blancos. O el sótano oscuro, siempre en llamas, lleno de gritos que salían de las bocas de los condenados. «¿Como las minas?», pregunté un día, y mi mamá me hizo callar, aunque mi papá luego me dio la razón. Claro que él nunca quiso bajar a «ese maldito laberinto de túneles». Prefería pasar las tardes en la cantina, tomando guaro hasta quedarse sin un chavo.

Recordé esa pregunta que le hice a mi madre años después, cuando ya había cumplido los diecisiete. Habíamos ido a la iglesia, a rezar por los hombres atrapados en la mina de oro de San Juan Arriba. A pesar de los esfuerzos, ocho se quedaron allá. Eso sí podía imaginarlo, me dije, y hasta imaginar sus lamentos, sus gritos de socorro, a pesar de que en el lugar solo reinaba el silencio. Un silencio triste y doloroso como una pedrada. Solo tres lograron salir. Traían la muerte en los ojos y se movían lentos, como los viejos.

Mi papá repitió lo que siempre decía y esa vez mi madre no le respondió que era mejor trabajar en la mina que no trabajar nunca y tomar hasta caerse. Ese día no le dijo nada porque pensó que era mejor tener por marido a un bolo vivo que a uno muerto, aunque muchas veces yo le había oído decir a gritos exactamente lo contrario. Luego, ya de noche, fuimos con los cirios blancos hasta la entrada de la mina para dedicarles una última plegaria. Descendimos el camino en fila silenciosa. Las llamitas de los cirios dibujaban sombras en el suelo hasta que nos agrupamos y ya todas se convirtieron en una especie de mancha negra. Era esa masa compacta y oscura la que rezaba en susurros mientras nosotros pensábamos en nuestra suerte. En esos padres, hermanos y novios que estaban vivos, y dábamos gracias de que fueran otros los que habían quedado ence-

rrados por siempre, sus almas vagando a oscuras entre los túneles como soldados en una misión eterna. Yo no tenía ningún familiar que trabajara allí, así que volví a preguntarme cómo se pasaba de ese laberinto cerrado al cielo prometido. Ahora que estoy atrapada acá, me he dicho muchas veces que mis preguntas de entonces no andaban tan desencaminadas. Quizá lo que me pasa es que tampoco soy capaz de encontrar el camino, y es que la muerte me atrapó muy joven y demasiado lejos de Honduras, demasiado lejos de casa.

Sí, no se extrañen. No les está hablando una loca. Seguro que les parecerá raro, yo fui la primera que tuvo que superar todos mis prejuicios al respecto antes de asegurarlo. Ahora ya no: si de algo estoy convencida es de que estoy muerta.

Dejen que les explique. Desde mi experiencia, la muerte no es un pasillo oscuro con una luz al fondo. Esa es otra de las muchas mentiras que se oyen al respecto. De entrada, para que les quede claro, la muerte es algo que una no recuerda. Como sucede en una noche de fiesta en la que se bebe mucho alcohol y llega un punto en que todo se vuelve confuso, y al día siguiente, por más que te esfuerzas, no sabes qué dijiste, ni lo que hiciste, ni cómo llegaste a casa. Así que al menos yo no puedo hablarles de pasillos, visiones o luces cegadoras. Solo de despertar, abrir los ojos y sentir que algo había sucedido, que no era la misma... Es difícil de contar. Ahora que pasó el tiempo, llegué a la conclusión de que los primeros momentos de eso que llaman «estar muerta» deben de ser muy parecidos a las primeras horas de vida. Imagino que los bebés también notan manos calientes que los agarran, oyen voces que no terminan de entender y descubren que se hallan en un lugar distinto a ese donde han habitado los últimos meses. Sí, al principio, estar muerta es como venir al mundo y que nadie te quiera. Se oyen lamentos emotivos, pero nadie te toca con cariño y ni tan siquiera puedes llorar para proclamar tu des-

concierto o tu enojo. Te cambian de lugar, te acuestan bajo unos focos cálidos, te encierran en una caja demasiado estrecha. Y empiezas a darte cuenta de que tienen prisa, como si quisieran terminar con todo cuanto antes.

Recuerdo que luego noté que me vestían, que la Deisy me ponía un vestido suyo, no muy nuevo, de color azul. Me habría gustado decirle que prefiero otro, uno de los míos, el de color amarillo pálido tal vez. No derramó ni una lágrima la Deisy. Se la veía seria, como enojada, pero debo decir que sus manos ásperas me trataron con delicadeza. Luego me maquilló mientras susurraba cosas que yo no llegaba a oír a pesar de que me hablaba muy cerca. Sí que entendí que alguien le dijo que había hecho un trabajo excelente. «Está preciosa, tan tranquila..., como si durmiera». Esto lo dijeron más veces y me retaba bastante, porque cada vez que me llegaban esas palabras sentía un aguijón de esperanza. Como si de verdad estuviera dormida. Como si tuviera que esforzarme por despertar en algún momento. Y, sin embargo, fue al revés. No sé exactamente cuándo, ni mucho menos por qué, pero de pronto me sentí muy agotada y dejé de escuchar. Creo que fue durante el entierro, cuando la misa. Quería observar las caras de los asistentes y solo veía el techo de la iglesia, mientras me avergonzaba por dentro por las palabras del padre Rodrigo. Tuve ganas de decirle que nunca fui un ángel, y que, aunque estaba de acuerdo con él en que Dios se me llevó demasiado pronto, también podía asegurar que no estaba en brazos del Altísimo. Así que me concentré en no seguir escuchando, en escapar de allí o en apagarme del todo para no continuar en aquel extraño capítulo intermedio, a caballo entre el suelo y el cielo prometido. Lo logré solo a medias.

Como si algo dentro de mí no soportara más esa obediencia impuesta, sentí un cambio importante. De repente podía cerrar los oídos al funeral, dejar de ver el techo blanco y en su lugar distinguir los rostros serios de quienes habían ido hasta allí para despedirme. Era una sensación de

libertad inusitada poder pasear la mirada sin ser vista, como si estuviera asomada a una ventana, invisible para el resto. Ahí estaba Deisy, mi compañera de piso, con la mirada baja y vestida con una falda negra demasiado corta para ser de luto. Y a su lado, Jimmy, aún con el brazo escayolado de cuando se cayó de la escalera reparando algo en la iglesia. Como Deisy antes, también él parecía enojado. Quizá fuera porque para la tristeza hace falta tiempo... O dinero. «Los pobres nos enfurecemos en lugar de llorar», decía siempre mi madre, «nos quedan ya pocas lágrimas y la pena se nos convierte en rabia». Estaban los dos juntos, en las primeras filas, y distinguí también otras caras conocidas a pesar de que no las buscaba a ellas. Any, la niña de una vecina, estaba sollozando, y me dieron ganas de consolarla. Me dolía que llorara por mí, pobre nena, mientras la miraba sin poder hacer nada por calmarla. Seguí buscando, porque necesitaba hallar a Simón. De golpe pensé que, si lo viera una sola vez más, a lo mejor podría irme de verdad. Me dije que seguramente era eso lo que me impedía marcharme. Simón. Mi Saimon. Tenía que encontrarlo. Él tenía que estar aquí, quizá con sus padres. O solo.

Enfoqué la mirada hacia las filas del fondo sin hacer caso a las palabras del padre Rodrigo, que seguía hablando de una Teresa que ya no era yo, que tal vez nunca lo fue, aterrada por la posibilidad de que el funeral terminara y la gente abandonara la iglesia. Aterrada por perder la última oportunidad de ver al único hombre que quería. Que quise. El único al que querré nunca. ¿Dónde estás, Simón?, me pregunté mientras revisaba caras de gente medio conocida, obstáculos molestos que solo servían para fastidiarme el último deseo de los condenados. ¿Acaso había perdido el derecho a eso?

Y, por fin, a la derecha, en la penúltima fila, descubrí a la señora Lourdes, y ante ella sí me detuve porque en su cara había una expresión que nunca le había visto antes. Un dolor que me paralizó durante unos segundos. Ella, siempre

tan reservada, tan discreta para sus cosas, no hacía el menor esfuerzo por ocultar su pena, allí, delante de un montón de extraños. Pena y algo más: sorpresa tal vez, como si no terminara de creerse que estuviera desnudando sus emociones sin el menor pudor. El señor Max, a su lado, la cogió de la mano, y ambos se pusieron de pie, al igual que el resto de los asistentes. Siempre fue tan bueno conmigo el señor Max. Cuidé a doña Cecilia, su mamá, durante sus últimos dos años de vida. De ahí partió todo, pensé. De aquella viejita descarada que me hacía leerle libros y me contaba historias y que un buen día, sin previo aviso, ya no se despertó más. El señor Max se preocupó de que tuviera trabajo, en su casa y en la de algunos de sus amigos, aunque es posible que en esto último fuera la señora Lourdes la que metiera más mano. Y, aunque me asaltó de nuevo la extrañeza de no ver a Simón con sus padres o cerca de ellos, me conmovió descubrir que no eran los únicos que habían venido desde Castellverd, desde ese otro mundo de casas parejas y jardines con flores. Estaba el señor Íñigo, el marido de la señora Mireia, que es hermana de la señora Lourdes, y también la señora Xenia con los mellizos, y Olga, que le susurraba algo al oído. No vi a doña Coral ni a su marido, y no me sorprendió. No me hubiera creído que yo les importara lo más mínimo y me habría incomodado verlos fingir hoy acá. Seguí paseando la mirada porque presentí que la misa terminaba, y con ella lo que intuí que sería mi último acto. Y era de él de quien quería despedirme. No de sus padres, ni de ninguna otra persona; ni siquiera de Jimmy. Solo de Simón. De mi Saimon.

No estaba, y su ausencia me empañó la visión, tal que si mis ojos se hubieran llenado de lágrimas. Necesitaba tanto verlo. Estaba casi segura de que con él lograría esa paz, la misma que me envolvía cuando me abrazaba. Pero ya no hubo forma. La gente empezó a moverse, y noté que el señor Max insistía en salir cuanto antes y casi tiraba de su mujer, y al mismo tiempo sentí una presión que me alejaba de

ellos. Se acabó, me dije, resignada a marcharme y a la vez incapaz de renunciar del todo a la esperanza. Regresaba a esa caja de madera más apenada de lo que salí, resignada a que colocaran la tapa y me dejaran dentro para siempre, cuando oí a uno de los hombres de la parroquia, un gordo baboso y marrullero, que le decía a su esposa: «Esto es una vergüenza. Antes a los suicidas no se les daba una misa, ni se les enterraba en tierra sagrada».

Me paré solo un instante, ofendida ante aquel comentario que su mujer intentó contradecir —«Dicen que fue un accidente. Que se cayó...»—, y ya cuando volví a mirar, la caja estaba cerrada y me llegó una corriente de aire, una bocanada con olor a flores mezcladas que casi me tumbó al suelo.

Y entonces, mientras me zafaba de ese aroma dulzón y repugnante que se me pegaba al paladar, me di cuenta de dos cosas. Una era que me enojaba que Saimon no estuviera. Sí, esa era la verdad. Nunca me había enfadado con él, no de verdad al menos, y me dolió hacerlo justo entonces, cuando ya nada tenía remedio.

La otra cosa era igual de dolorosa y más inquietante. Caí en la cuenta de que, si bien sabía a ciencia cierta que había muerto, no tenía la menor idea del cómo. Ni del dónde. Ni del porqué.

Ahora sé algo más. He oído lo que cuentan, eso sí. Oigo, y veo, y pienso, aunque nadie se dé cuenta. Y me muevo, sí, también me muevo, pero no soy capaz de decidir adónde voy. Simplemente aparezco, a la hora de siempre, los viernes, en la casa de la señora Lourdes, por ejemplo. O en la de su hermana Mireia, los miércoles a mediodía. Sé que es jueves cuando me encuentro en el gran salón de la señora Xenia, y recuerdo lo que me costaba limpiar todas las ventanas acristaladas que dan al jardín, y que ahora, desde que no lo hago yo, están siempre empañadas. Recuerdo esas cosas y he oído lo que dicen. Alguna vez ha-

blan de mí. O hablaban, porque va pasando el tiempo y de a poco se olvidan.

Al principio hasta lloraron, al contarse la historia que, a fuerza de repetirla, se ha convertido en verdad y que yo sigo sin creerme del todo. La señora Coral le dijo a su marido que «con las extranjeras nunca se sabe». «Vete a saber qué le había pasado antes», dijo con voz desdeñosa. «Qué historias traen consigo esas chicas, viniendo de tan lejos, de países violentos y sin ley. Vete a saber qué demonios las persiguen». Nunca me gustó la señora Coral, y, aunque sé que es poco cristiano, me alegré de ver un día martes su casa vacía. Contemplé cómo se llevaban los muebles, cómo lo cerraban todo a cal y canto, y la oí suplicar que no le embargaran las joyas sin sentir la menor compasión. A veces despierto allí y me siento tranquila porque nunca hay nadie, me río pensando en lo mucho que ella se disgustaría si supiera que, al final de todo, la que vive en aquel chalet soy yo. «La señora Teresa», me digo a mí misma cuando observo el pasto amarillo, las escasas plantas que aún resisten y que, de vez en cuando, dan alguna flor que se muere enseguida, deprimida de ver el páramo seco y abandonado donde ha nacido. Pienso en las macetas de mi mamá y en lo mucho que las cuidaba. Supongo que aún lo hace y me enoja no poder verla. Porque, sea esto el purgatorio o una condena eterna, lo cierto es que no consigo salir de estas paredes, de este pueblo que no es exactamente un pueblo sino una serie de calles con casas bonitas, todas con su jardín y su garaje, distintas y a la vez iguales, como si fueran primas más o menos lejanas unidas por la sangre. Aunque la sangre, acá, es más bien el dinero. La mayoría nunca presume de él, solo la señora Coral con ese chalet inmenso con falsas columnas, situado en lo alto, al que yo ya llegaba cansada antes de ponerme a limpiar. Y es que, cuando hicieron la casa, ni ella ni su marido pensaron que el servicio no solía ir en auto y que el minibús que sale de la estación del ferrocarril no llega allá arriba. Te deja al borde de la

cuesta, veinte minutos de paso rápido por una vía ascendente de curvas al borde del bosque. Decía que no presumen de dinero, en general, pero lo tienen. Se respira en el aire puro, en las hojas que caen plácidas desde los árboles, en los espacios amplios, soleados y en los autos silenciosos y siempre brillantes. En que, como dijo un día el señor Ñingo a su nene, que lloraba de aburrimiento, «vivir aquí es como estar siempre de fin de semana».

A mí me quedan preguntas que nadie contesta. Preguntas cuyas respuestas han empezado a olvidar, si es que alguna vez las supieron. Preguntas sobre lo que pasó de verdad, lo que me sucedió, los detalles que explican todo lo que yo no sé ni recuerdo sobre mi último día con ellos. Porque dicen que esa noche me desperté en la habitación que tenía alquilada a media hora de aquí. Dicen que Simón no estaba, y debe de ser verdad porque a mí no me gustaba que lo vieran en la casa por las mañanas en días de diario. Ya hubo bastante comadreo entre la gente de la parroquia, como si lo que pasaba en mi cama fuera asunto suyo o del padre Rodrigo. ¿Qué les importaba a ellos? ¿Qué tenían que decir de mí si aún asistía a misa todos los domingos, rezaba cada noche y enseñaba a cantar a los niños? Eso decía Saimon, y tenía razón, pero a mí me ponía nerviosa que no me entendiera. No cuando estaba con él, sino luego, cuando tenía que hacer frente a los rumores, a los cotilleos, a las miradas que disfrazaban la envidia con un manto de virtud. No, no quería que lo vieran salir de casa a la mañana, pero sí me gustaba que viniera a la noche y me abrazara hasta quedarme dormida, me gustaba respirar su olor, que este se pegara a las sábanas y me acompañara en sueños. Así que sí, debe de ser cierto que esa noche Simón se volvió a su casa. Y si eso es verdad, no tengo por qué dudar del resto de la historia, de lo que le contó Olga (nunca me salió lo de «señora» Olga quizá porque era más joven y porque vivía en un piso, un ático en el centro del pueblo en lugar de una casa) a la señora Xenia unos días después,

cuando yo llevaba poco tiempo acá y aún no comprendía qué había sucedido ni cómo había terminado en este estado. El trabajo de Olga siempre me dio un poco de miedo. Es doctora, pero trabaja con los muertos. Estudia sus cuerpos para saber de qué murieron. Quizá ahora debería ser mi doctora de cabecera, si pudiera verme. Da igual, lo que importa es que tiene relación con la policía, así que lo que le contó a la señora Xenia no era su opinión sino lo que ellos le habían dicho. Que no, no pudo ser un accidente. A menos que de golpe hubiera sufrido un ataque de sonambulismo, algo bastante improbable. Y yo pensé que tenía razón, porque si me hubiera dado por andar en sueños, alguien se habría percatado antes. Según la policía, esa noche, cuando desperté, me levanté de la cama y fui hacia la ventana, descalza, vestida solo con el camisón. La abrí, algo que en una noche de principios de febrero como aquella, la más fría del año, dijo también, solo podía hacer una estúpida o una loca, y luego me encaramé al alféizar. De eso tendría que acordarme, ¿no creen? De pisar la baldosa fría con los pies desnudos, de notar la pared rugosa en la palma de la mano, de sentir el aire de la noche azotarme las mejillas y revolverme el pelo. Pues no. No recuerdo nada. Ni de despertarme, ni de abrir la ventana, ni de ninguna de esas cosas.

«Y luego saltó», oí que Olga le decía a la señora Xenia, y por un momento eso sí lo vi. Me recordé abrazada al vacío. El camisón pegado a la piel, el grito petrificado, el piso cada vez más cerca, los ojos cerrados con fuerza en el último momento como si eso pudiera evitar el final. El golpe que hace brincar todo el cuerpo, la cabeza ladeada y el sabor de la sangre en los labios. Los últimos espasmos, como si la boca se llenara desde dentro de todo el aire que te falta. La farola que parpadeaba como la manecilla de un reloj. Tic-tac, tic-tac.

Parpadeaba cada vez más débil hasta que pensé: qué tonta, no es cosa de la farola sino de tu cabeza. Y entonces

el mundo se apagó.

Esa tarde, pegada a Olga, que se había servido un vasito de whisky mientras hablaba con la señora Xenia, pude ver todo aquello como si le hubiera pasado a otra. Y cuando Olga dijo algo así como: «No te tortures, Xenia, de verdad, solo ella, solo Teresa sabe por qué lo hizo», les grité a ambas que eso no era verdad, que yo no lo sabía, que no podía entender por qué esa noche, la más fría del año, según se dice, decidí lanzarme de un séptimo hasta la calle, yo, que apenas lograba asomarme a tender la ropa sin que me temblaran las rodillas.

Les grité todo eso, pero ninguna de las dos me oyó. Olga se sirvió otro whisky, después, cuando ya había colgado el teléfono, y se recostó en un sillón con el vaso en la mano, apoyado en el pecho. Cerró los ojos y yo pensé que debía aprovechar el momento. Quizá no me había oído despierta, pero lo haría dormida. Concentré todas las fuerzas, me arrodillé a su lado y se lo dije al oído, muy suavito, para no asustarla. Le susurré: «No sé por qué lo hice. Ni siquiera sé si lo hice de verdad». Lo repetí varias veces, en distintos tonos. No sirvió de nada y me dieron ganas de llorar de rabia. Ella solo se agitó un poco, y el gesto estuvo a punto de volcar el whisky.

«¿Qué querías contarme?», murmuró después, sin que yo supiera por qué. «Niña, ¿qué te pasaba? ¿Qué te hemos hecho?»

Lo peor es que, casi un año más tarde, sigo sin saberlo.